

XLV

16 DE AGOSTO DE 1906

Vivimos confiados sobre la tierra; sin embargo, ella misma nos atrae de mala manera para hacernos perder el equilibrio o su equivalente interno: el control, y un traspié basta a dar duramente y de narices contra esta madre convertida en madrastra; un descuido, el más mínimo, y corre riesgo nuestra integridad personal. Llegar intacto hasta la muerte, es haber triunfado de la vida, lo que no vale ni equivale a haber triunfado en la vida.

Pero cuanta asechanza amenaza al hombre en el

diario tráfago, cuantas vamos sorteando sin advertirlo o a costa de una atención que, al agudizar el instinto, desgasta la vitalidad, nada viene a ser todo eso junto a los Elementos, palabra desusada, por lo mismo que se refiere a ciertos dioses impasibles e imposibles, ni propicios ni propensos a dejarse ganar por holocaustos.

Así, el ascensionista perdido en la montaña y a merced del alud y el enrarecimiento atmosférico, el aviador que siente trepidar en el aire sus alas; el marino presa de una tormenta, cobran un aspecto trágico no comparable con el criminal caído en esa trampa que la justicia arma al pecado, o con el amante sorprendido o sorpresor, o con quien ve fallarle simplemente cualquier seguridad terrena y amenazarlo cualquier peligro humano. Un policía, un juez, un carcelero, un rival, un traidor, un espía, son seres terribles; pero lo único verdaderamente temible son las cosas no sujetas ni a control ni a influencia alguna del valor, de la fuerza, o de la inteligencia.

Entre todas esas potencias por mal nombre "desencadenadas", como si alguna vez hubiésemos conseguido encadenarlas, predomina una desconocida en ciertas zonas geográficas y cuya frecuencia es frecuente en ciertas otras. Deidad asentada en el vacilante altar de los altos volcanes o de los hondos cráteres submarinos, obedeciendo a leyes desconocidas y al parecer arbitrarias y tan tremebundas por sus efectos que ni el rayo celeste, ni la tromba marina, ni el ciclón pueden comparársele siquiera, ya que lleva en sí el pánico, la devastación, la peste, el hambre y la muerte.

¿Cómo habrá amanecido ese dieciséis de agosto de mil novecientos seis? ¿Qué día de la semana fue, siquiera? ¿Qué presagio habría podido advertirle a este hombre pequeño, pedazo de humanidad, como junto con caer la tarde, recaería una espantosa noche, para muchos sin despertar? Cristián sólo sabe que se hallaba él en el mismo Gran Hotel Melossi de Coñcón, donde ocho meses antes había muerto su abuela. Parecía no haberla sentido ni llorado, sino al prever tal desenlace. Y, sin embargo, a la larga, insidiosamente, una neurastenia en que ya ño podía abrir los ojos al cerrarlos, o en que se quedaba sin oído o sin voz, fue ganándole, hasta el punto de buscar remedio allí mismo donde se generó su mal.

En tal estado de nervios no es raro que, como un receptor, captase anticipadamente el desorden telúrico. Estando de sobremesa, unos minutos antes del siniestro, hubo de levantarse porque, por primera vez, faltábanle los sentidos. Un ligero síncope. Y al regresar, ya repuesto a su mesa, la primera alarma los volvió a arrojar fuera. Faltaban cinco para las ocho.

Noche cerrada y sin resquicio para una escapatoria, sulfúricamente caliginosa, de aguacero pertinaz. Cuando amainó aquella interminable y formidable sacudida, los sobrevivientes se preguntaron cuánto tiempo podía haber durado. Alguien lo calculó en una hora; otro habló de tres cuartos; tratando Cristián de sobreponerse al pavor y mostrarse ecuánime, transigió en unos veinte minutos. Cuatro, habían sido, exactamente, con 50 segundos, lo cual viene a ser o hacer

uno de los más prolongados y memorables movimientos sísmicos. Entonces pensó el joven en salvar de incendio aquella casa para él abierta en pleno invierno y, junto con gritarle a Ignacio, el cocinero, que pusiera en salvo las lámparas de petróleo de la cocina, él acudió a la del comedor y, encaramándose en un piso, recién bajaba con ella y salía apenas al umbral, cuando la habitación y el edificio entero hundiéronse con un rumor ensordecido, como embotado por tantos estrépitos y resonancias, por vibraciones subterráneas o etéreas, o sobrenaturales, agrupando desalados a los pájaros que vuelan y a las aves de corral, empujando entre las piernas de las gentes a los perros bravos, haciendo saltar trabas o saltar barreras a potros y toros, presas de un pánico ancestral insuperable y, cosa inesperada, buscando socorro y refugio en el regazo humano.

Y siguiéronse las oscilaciones y los derrumbes hasta parecer aquella playa, a la vera de aquellas olas, una embarcación mal anclada, presta a quebrantar amarras. Las marejadas invadían el arenal, no como para arrastrarlo, sino para arrancarlo de cuajo. Era como el fin del mundo.

Y era el fin del mundo. Luces temblorosas, empañadas por la humedad, brillantadas por el agua, ascendían hasta Concón Alto. Eran los pescadores de Concón Bajo, sepultado íntegro entre las arenas. Del otro punto cardinal, de Valparaíso, a esas dos de la madrugada del 17 de agosto, despuntó el alba. Era indudablemente el fin del mundo.

Y es que nuestro puerto ardía unánime, como una

sola pira, una hoguera acrisoladora. ¿De qué habíamos de purificarnos? El pequeño país novicio, forjado del agua al fuego y del fuego al agua, desaparecía en las entrañas sin entrañas de esta archivieja, resquebrajada y aún no curtida corteza terrestre. La Naturaleza, con mayúscula, sobreponíase una vez más a la civilización artificial. Todo volvía a su cauce y ojalá que las mareas pacientemente desplazadas, no recuperaran el suyo, su lecho de siempre, pues, en tal caso, nos tragaría el mar.

Aquella velada con auroras ficticias, destemplada y hosca, prolongábase alarmantemente. ¿No sería que ya no había de alzarse nunca más el sol sobre estos páramos donde la vida iría acabándose poco a poco? En el fondo de su corazón de un día, cada ser irracional se volvía hacia el hombre, como cada ser pensante se volvía hacia Dios. ¡Y se nos aparecían tan deleznable nuestros frágiles, efímeros e infantiles conflictos, tan ridículamente absurdos!

Nadie pensaba en dormir, desvelado con la amenaza del sueño eterno.

Y un pensamiento generoso, cumplido ya el egoísmo individual de salvarse, fue hacia tantos cuantos formaban parte de la familia chilena, empezando, naturalmente, por la de cada cual. Cristián Delande tenía su hogar en San Bernardo de Santiago y gran parte de sus relaciones en Valparaíso. ¿Qué destino habían corrido esas ciudades? Pensó en gentes con hijos pequeños más desvalidos aún entre el desvalimiento común. En ancianos, enfermos e inválidos. Entretanto

los supervivientes del cataclismo, inmovilizados no sólo por él, sino también por la imperiosa urgencia de no separarse, de no aislarse, y por la imposibilidad de ir a parte alguna, permanecían en el jardín bajo la llovizna. Huir, ¿pero a dónde? ¿A la inclemencia y negrura de la noche? ¿A las ruinas? Todo era lodo y oscuridad, garúa implacable, trasminante y caladora, castigo y desamparo. El habitante sentíase como perdido en esa su morada transitoria, mal acondicionada y donde no concluye de alejar y avenirse bien, denominada la Tierra... Desposeído de Esperanza, quedábale el Amor, le quedaba, sobre todo, la Fe... En ese momento, la voz en las tinieblas de la mayordoma, dejó oír su queja: "¡No pisoteen las plantas!" ¡Un novelista no hubiera podido inventar semejante detalle!

Cristián era joven; pero su fatalismo le impedía igualmente desear morir o tenerle miedo a la muerte. Y, a través de su existencia, ambas sensaciones persisten como una renunciación. El ha hablado muchas veces de su "amor sin fe y su fe sin esperanza". Algo de eso proviene de la prueba de 1906; viene algo más de su estoica filosofía de la suerte, no aprendida en ningún libro, sino al correr de la suerte misma. El hecho es que el encararse con un "peligro de muerte" varias veces a lo largo de una existencia, hízolo sin esa angustia que cede al temor, pero que procede también de la esperanza. "Ni temer. Ni esperar", fue su divisa.

Aquella noche había parecido no tener día siguiente. Así, junto con rayar, al fin, las primeras inciertas

claridades, cuando se comprobó, ¡en fin! que todo no había zozobrado en el caos, Cristián le hizo ensillar dos caballos a Ignacio, para irse hasta el puerto por los desfiladeros, salvando las quebradas de entonces. Viaje entonces de cuatro o cinco horas, a través de inhospitalarios y solitarios parajes y paisajes sin horizonte ni mar, como malditos por las batallas entre ellos libradas, hacía apenas quince años, en la reciente guerra civil.

¿Qué iba a ver? ¿Sabría, podría regresar siquiera? Los caballos mismos, con las orejas enderezadas por tantas grietas y derrumbes, parecían pesarosos al alejarse de las cuadras, donde también habían ido a alojarse las personas sin albergue. Se retornaba al Portal de Belén con la mula y la vaca. ¡Que la Estrella de Pastores y Magos, guiase a los trajinantes y les marcara un seguro derrotero!